

Pero ¿es posible la escuela cristiana

Son muchos los factores implicados en una tarea como la de escuela cristiana.

Cualquier momento histórico —euforia inicial, silencio creativo, conciencia de crisis— debe tenerlos en cuenta. Lo hará al preparar su trabajo, en la autocrítica constante, al recibir nuevas instancias culturales.

Ciñéndonos al tema de la escuela cristiana, en un momento de crisis y replanteamiento como el presente, es imprescindible acordarlos.

Hay factores que llamaríamos externos, ambientales. Son: i) circunstancias política, religiosa, y cultural. Su común denominador, lo que las hace presentes en la escuela: la interacción escuela-sociedad.

Según eso, si nuestra escuela está en crisis, se deberá a que la circunstancia política es crítica. En nuestro país, en concreto la circunstancia política pasa de lo personalista a lo participativo del individuo a lo democrático. No basta un modelo competitivo egoísta a pesar de la organización de lo colectivo. Debemos llegar a un sentido realista o completo de los derechos y las obligaciones. Este paso implica cambios importantes: el modelo de autenticidad humana, la metodología, los contenidos, la relación escuela-sociedad. En todos esos terrenos nuestra escuela anda buscando redefinirse.

La circunstancia religiosa, igualmente, pasa del espiritualismo al compromiso, de lo dogmático a lo encarnado. Este paso teóricamente debía haberse dado entre nosotros antes que el político, puesto que el Vaticano II se adelantó diez años al cambio de régimen político. Sin embargo, dadas las implicaciones de lo religioso con lo establecido social, es ahora cuando se plantea personalmente. Y se muestra en todo lo implicado por la polémica sobre la escuela confesional: concepción teológica de base, redefinición de la «clase de religión», relación religión-cultura-política, revisión del papel de las congregaciones religiosas enseñantes etc., También por ahí nuestra escuela quiere redefinirse.

La tercera circunstancia es la cultura. En nuestro país se está dando también ahora un significativo paso de la sociedad de la producción a la sociedad del bienestar. Si hasta hace poco los interrogantes se referían al cómo producir más y urgentemente, ahora, sin olvidar los anteriores, aparecen los referidos al porqué de esa producción y a sus resultados en la convivencia nacional. De ahí que en la redefinición de nuestra escuela entren estas cuestiones: sentido de la cultura como expresión de la sociedad, papel de la concienciación, del compromiso y de la creatividad en la educación.

* * *

En el capítulo de los factores internos encontramos: los de tipo personal, como son el cansancio profesional o la escasez de nuevos comprometidos; el gigantismo y la inercia de ciertas estructuras, como son la organización impersonal a niveles nacionales o la complejidad funcional de ciertos centros; y finalmente la falta de creatividad didáctica o metodológica.

Tal vez el primero sea causa u ocasión de los otros dos. Aunque no se trate de una circunstancia históricamente nueva, el caso es que hoy se nos presenta con una agudeza renovada el problema del personal docente. No es que falten maestros; es que faltan maestros vocacionados. Faltan maestros que hagan vida de su profesión. El Magisterio va también quedando invadido por el profesionalismo concebido según el modelo industrial. Por eso faltan maestros vocacionados: porque si a nadie puede llenar un trabajo nulamente creativo, menos todavía en aquel oficio que se define por la personalísima y creativa tarea de educar.

Ahora bien, puesto que ahí está el origen de los otros dos factores, considerarlos nos ayudará a percibir las manifestaciones y las salidas para ese cansancio vocacional.

El gigantismo y la inercia no son sólo el reflejo de la pseudoorganización dominante en nuestra cultura. En la escuela como en toda la sociedad, la pseudoorganización es a la vez causa y refugio de la inconsciencia colectiva. No podemos, pues, en justicia achacar nuestros males a la magnitud y la fuerza de las estructuras: debemos paralelamente reconocer nuestra connivencia con ellas. Para muchos de nosotros han representado la solución a lo trabajoso de nuestra profesión. La estructura es casi todo, pero no todo ni lo más importante.

Lo mismo puede decirse de la calidad didáctica. En este caso, el gran esterilizador de los planteamientos vivos en nuestra escuela es justamente el programa. Nadie hay entre nosotros que una u

otra vez no haya recurrido al programa a la hora de excusar falta de creatividad o de adaptación al medio. Pero son pocos quienes se atreven a confesar el refugio y la solución que encuentran en el programa. Sobre todo cuando aparentemente los programas van ofreciendo una concepción didáctica distinta. Son pocos los que perciben en esa pseudorrenovación didáctica realidad de una nueva domesticación para el maestro y para sus alumnos.

* * *

Redefinir la escuela, y la escuela cristiana, exige tomar postura ante todos estos factores.

Si, pues, nos preguntamos por la viabilidad de la escuela cristiana aquí y ahora, habremos de examinar la realidad de estos factores entre nosotros.

* * *

En esta serie de tres números de Sinite vamos a estructurar estos factores del modo siguiente: consideración general sobre la relación Escuela-Sociedad (número 54);

estudio concreto sobre la Convivencia Educativa a nivel de grupo y de centro escolar (n. 55);

y finalmente, definición de la función docente (n. 56).

Sirva de paradigma para los otros dos el tono del presente.

Presentamos un puñado de estudios que abordan el tema desde distintos puntos de vista. Hay, primero, una consideración explícitamente cristiana de la relación religión-cultura: se entiende de la cultura como el lugar de confluencia para la sociedad (y su imagen que tiene de sí misma) y para la educación (el contenido a transmitir). El artículo trata de formular una lectura cristiana de esa confluencia. Viene después una consideración filosófica y antropológica: se centra en el estudio de los interrogantes específicos de nuestro momento cultural, los cuales de algún modo deben estar ya presentes en la educación. Como un intento concreto de adecuar educación y autenticidad social, incluimos un trabajo sobre la pedagogía libertaria: quisiéramos con ello tuarnos más allá de una óptica política determinada y ofrecer a nuestros lectores una ocasión de reflexionar sobre el sentido hondo de la libertad en educación. Para completar lo histórico de esta consideración, sigue una selección de textos: se refieren a distintos momentos del pensamiento pedagógico español que ponemos llenos de luz para nuestro extraño presente. Hay ta

bién en este número un texto breve y jugoso como todos los de la escuela de Don Milani: una lectura de su pensamiento (remítimos al lector a nuestro n. 49) desde una práctica concreta española de hoy. El bloque se completa con una panorámica por la bibliografía, en que hemos buscado más la selección y la utilidad que lo completo.

* * *

Y, una vez más, queremos ser modestos.

Anda por ahí demasiada gente convencida de poseer la panacea para todos los males de la Escuela Cristiana, aquí y ahora. A veces esas fórmulas pueden pecar de apresuramiento o parcialidad. Pueden, incluso, estar ocultando una indebida voluntad de poder.

Debemos decir en su descargo que tal vez queden un tanto excusados por la urgencia y el tamaño de la tarea. Tal vez, también, no son ellos quienes pontifican, sino que la insuficiente reflexión de sus oyentes les atribuye tal carácter.

En Síntese hemos creído lo más justo esbozar unos caminos para la reflexión.

Lo importante no son nuestras palabras sino las que puedan encontrar nuestros lectores más allá de nuestras páginas, mirando a su propia experiencia educativa y a la totalidad de las fuentes de reflexión posibles.